



EDUCAR UN PUEBLO TAREA DE DIOSES

Quando Dios apagó la luz de su mesilla de noche y se dispuso a descansar, lo hizo satisfecho; había realizado un gran trabajo en siete días: El firmamento, los planetas, la Tierra, los animales y el Hombre.

— ¡Ah, el Hombre! —pensó. —Ese pequeño ser a mi imagen y semejanza, que, lejos debe llegar... Será inteligente y libre y se educará a sí mismo durante los siglos de los siglos.

No me atrevo a decir que confió demasiado en el Hombre y que, por ello, cometió un error; pero por lo que vamos viendo los hechos así parecen demostrarlo.

Y lo cierto es que la clave de la conducta humana está en la Educación. Y por lo tanto, el error de dejar al Hombre que se eduque a sí mismo es un error grave. Al Hombre sólo puede educarle Dios.

Lo peor es que, a estas alturas, el Hombre parece tan difícil de educar que aunque decidiese escribir El mismo nuestro libros de texto y dar las clases en Persona, es más probable que su mayor tarea estuviera repartida entre sacar tarjetas rojas y mandar a tanta gente escribir cien veces «no debo hacer la guerra» que esa labor le habría de cansar más que la de la Creación; por ello parece natural que no esté animado a volver a darnos clase.

* * *

He soltado este preámbulo que intenta ser desenfadado sin llegar a irreverente, para señalar mi profundo sentimiento por la importancia que atribuyo a la educación que debiera de ser divina; el resultado de la humana a la vista está.

Podemos aprender Ciencia y Técnica, pero por alguna misteriosa razón no podemos aprender nada más. El Arte, la Educación, la Moral, los Principios, el Comportamiento, etc. los englobemos o los fragmentemos, les llamemos Ética o Estética, o Cultura, apenas han variado con el paso de los siglos en sus esencias y si la Moral es cambiante, su ciclo parece ser repetitivo.

* * *

Pero resulta extraordinariamente loable el que los gestores de la Revista OARSO señalen este año el tema de la Educación como su preocupación generatriz para que nosotros —los colaboradores— podamos abordar esa temática con total libertad.

Es por lo tanto una idea digna de abordarse no como un mero ejercicio literario, sino como una línea de partida o como un germen inspirado que alguien dejó caer en tierra. ¿Será Rentería ese terreno abonado al que le ha caído a tiempo la semilla más trascendente? Me gustaría que fuese así, pues en Rentería siempre ha habido hombres asombrosamente inquietos y capaces. Y ya que la Educación es la piedra angular de nuestro comportamiento, cabe perfectamente forjar el ideal de que educar un Pueblo es encarrilarlo por las vías de su futuro más perfecto.

¿Pero cómo se educa a un Pueblo? Habrá quien propugne un modelo basado fundamentalmente en devolvernos la entrañable lengua euskera que nunca debimos perder; habrá quien proponga la vuelta a la formación religiosa, y quien gaste todos sus esfuerzos en la formación musical de tanto éxito en Rentería y habrá quien piense que es hora de sembrar el pan del futuro y que ello se consigue sembrando una formación tecnológica que devuelva al Pueblo los puestos de trabajo que antaño tuvo en abundancia.

Por todo esto es tremendamente positivo el que planear la Educación como preocupación de un Pueblo es algo muy serio y que no debiera de terminar en la última página de este OARSO 1982. Por ello, si RENTERIA se plantea —a partir del germen que la idea conlleva— resolver uno o varios modelos de educación, habrá emprendido la tarea más excelsa que cabe a los hombres; tarea tanto más difícil cuanto que, en mi opinión, educar Hombres es tarea de Dioses.

Ahora bien, ¿Cómo se plantea la educación para todo un Pueblo? ¿Lo ha hecho antes alguna otra población? ¿Debe ser un planteamiento global o por sectores? ¿Se debe partir de una acción reducida, experimental o puede acometerse un plan global? ¿Cómo se manipula, tuerce y retuerce en manos

de Hombres una tarea de Dioses, para acomodar el resultado no a la imagen y semejanza de la Perfección, la Sabiduría o la Bondad, sino a lo que cada uno de nosotros tiene por tal?...

Respuesta imposible. Sólo empezando a trabajar en el tema, a tientas, tal vez salgan varios esquemas originales. Así se podría escribir en el futuro: «En 1982, en Rentería, se germinó el experimento más asombroso de su Historia».

¿Cómo contratar un grupo de Hombres Sabios, en lugar de contratar entrenadores o técnicos, que sean capaces de desarrollar un Programa de Educación para todo un pueblo? Un programa cuya sólo redacción sería una obra compleja y de largo aliento?

¿Cómo encontrar las «claves de destino» que se acomoden a ese Pueblo? ¿Cómo consensuar esas claves? ¿Cómo elegir los educadores y elevarlos al rango que su trascendental papel requiere? ¿Existirán esos Hombres? ¿Cuánto valen? (Aquí sí tengo respuestas: menos que un entrenador de fútbol)

En Japón —modelo de resultados por la educación— saben combinar de forma extraordinaria el pasado (la tradición) con el futuro (la investigación). Dicen que enseñan a los niños a enrollar un alambre; a conectarlo luego a una carga eléctrica y aprender así que uno de los efectos combinados de la energía y de la resistencia es producir calor. Y ese niño aprenderá un poco más adelante a construir su pequeño horno eléctrico. Hasta aquí la Técnica. Cuando el horno ya está listo el niño aprenderá a moler trigo y amasar un pan, teniendo que aprobar la asignatura al cocerlo en su propio horno. Así la tradición.

* * *

El camino de la educación es apasionante, en unas décadas puede hacer de unos niños ignorantes unos hombres extraordinarios. Por ello, si alguien es capaz de recoger con calor esta semilla de la Educación y sentar las bases del experimento trascendente, nadie puede imaginarse de qué sería capaz un pueblo como el de RENTERIA dentro de unas décadas.

Cuánto me gustaría que en OARSO 2 000, alguien escribiera lo dicho antes: «En 1982, en RENTERIA, se germinó el experimento más asombroso de su Historia. Al principio de forma modesta un grupo de Hombres se unieron para resolver lo imposible: planificar la Educación de todo el Pueblo...».

F. Gurruchaga